

## O, poder del Alt Impéri

*A mediados de septiembre el presidente Bush firmaba el documento sobre «La nueva estrategia de seguridad nacional de EEUU», en el que se promulga su doctrina sobre política exterior. En este documento se afirma no sólo que EEUU tiene la responsabilidad mundial de garantizar la existencia de regímenes políticos liberales, sino que además se reserva el derecho a actuar conforme a sus propios intereses aunque el resto de los países no estén de acuerdo. Según esta doctrina cada estado en particular y los organismos internacionales en su conjunto poco tienen que hacer salvo acatar los deseos de la superpotencia. Dicho esto ¿qué sentido tiene lo que pueda acordar la ONU sobre Irak?*

«O, poder del Alt Impéri». Así dicen mirando a la divinidad los cantores del Misteri d'Elx en un ternario que bien podría ser interpretado por Europa, la Commonwealth y Japón. Miran hacia el cruce de las bóvedas medievales donde confluían en una sola cúspide los cuatro nervios de la cultura, la economía, la política y la religión. Cada vez más voces sostienen que nos hallamos en estado de imperio y que hay que leer los nuevos tiempos bajo esa luz para comprenderlo. Hay quien

piensa que no sólo cabe cantar resignada o crematísticamente al «Alt Imperi» y signos como la llamativa ganancia electoral del Partido Verde alemán parecen apuntar en dicha dirección.

### **La doctrina del buen imperio**

Muchos piensan que el hecho más importante en la política internacional en este tiempo no ha sido la deriva bélica en la región de Medio Oriente, sino la promulgación pública de la doctrina internacionalista de Bush. Dicha doctrina ha sido sancionada en el crucial documento “La nueva estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos”, firmado por Bush a mediados de septiembre de 2002.

**La clave principal** del documento consiste en la asunción pública de la condición imperial de EEUU por la que se pasa del multilateralismo postsoviético a la asimetría imperial. A pesar de que el borrador inicial, de puño de Condolezza Rice, asesora de seguridad nacional, fue pulido en sus extremos más agresivos, el documento ha creado alarma internacional. La afirmación más de fondo para la geoestrategia internacional es aquella que dice que EEUU colaborará con las instituciones internacionales, sin disciplinarse necesariamente a ellas ni a sus acuerdos, y que tratará a los distintos países según sostengan las posiciones coyunturales estadounidenses. No obstante, insiste en la adecuación de la legalidad e institucionalidad internacional como instrumento legítimo de control de los diferentes estados. Es decir, EEUU exige la aplicación de la ley a todos exceptuándose a sí mismo y concediéndose una autonomía total e inmunidad e impunidad absoluta.

Así, la cultura de la no proliferación que dominó el progreso internacional en el siglo XX es sustituida en el documento por el concepto de contraproliferación: contraproliferación activa que consiste en destruir cualquier armamento lesivo contra EEUU que esté en manos de actores (países u organizaciones) potencialmente hostiles a EEUU; y contraproliferación pasiva, que trata de disponer de todos los medios defensivos posibles contra cualquier hipotético ataque. Además,

la nueva lógica impulsada por el 11-S ha roto la articulación interestatal. EEUU ya no actúa en la lógica de tratados entre estados por lo que la estructura de las instituciones internacionales está obsoleta para la visión que EEUU tiene del mundo. La percepción de una proliferación incontrolada de agencias terroristas por el planeta, es decir, la superación de las relaciones simétricas entre estados, lleva a la convicción de que la ONU y sus entes pueden llegar a ser contraproducentes no sólo por sus políticas estratégicas sino por su misma estructura.

**La segunda clave** de esta nueva doctrina del buen imperio es la legitimación de cualquier medio que conduzca a la reproducción y ampliación del poder americano. El objetivo básico es establecer un estatuto mundial singular para los EEUU que administra el bien y disponer estatutos asociados para los «países amigos» que permitan dicha condición y sus derivas. Es el establecimiento de un Alto Imperio más allá del derecho internacional dejando al arbitrio coyuntural la fuente del derecho aplicado al estado hegemónico. La voluntad de los propios EEUU se convierte en la fuente de derecho que aplica un régimen de derecho racional-tradicional a unos y un régimen carismático-arbitrario a otros. El poder que tiene EEUU para culturar a todas las sociedades de la Tierra, su hegemonía económica, la imposición para ser fuente singular (carismática) de derecho y el dominio para conceder estatutos de amistad (clientelas) a los países que decida, son las cuatro condiciones que nos permiten hablar de un régimen imperial.

**La tercera clave** de esta nueva arquitectura internacional que EEUU impone al mundo es la elevación de todo medio estratégico como el poder empresarial estadounidense al estatuto de instrumento de seguridad nacional. Así, todo el sistema de relaciones internacionales sean militares o comerciales está bajo el estatuto de excepción. Es el régimen de la excepcionalidad aplicado planetariamente como hacía muchas décadas que no se conocía. Eso reclasifica toda una serie de cuestiones como el acceso a reservas petrolíferas por parte de empresas o el control del comercio armamentístico mundial,

integrándolas dentro de las medidas cuasimilitares de excepción. Que el poder militar respalde la expansión mercantil estadounidense no es una novedad sino una paradójica característica del liberalismo más descollante del mundo. Prueba fue la creación de Silicon Valley, alzado a base de inversión armamentística pública, un programa de keynesianismo militar que goza de la excepcionalidad de asunto de seguridad nacional. El modelo liberalismo bélico es lo que subyace en la doble regla aplicada por EEUU en el sistema económico mundial.

### **Las posibilidades de escoramiento**

Muchos se preguntan si esta regresión es coyuntural. Nuestra opinión es que no es una respuesta reactiva al 11-S sino que es un programa sistemático cuyos principios estaban confirmados en los contenidos expuestos en la misma campaña presidencial de 2000 de la que resultó polémicamente vencedor Bush. En realidad es una tentación constante de la política americana del siglo XX, sujeta a ciclos y a fuerzas. Este ciclo también se halla sujeto a esas tensiones. Es una doctrina sujeta a oposición en EEUU; una oposición que ya comienza, transcurrido un año de duelo, a expresarse sordamente sin temor a recibir el estigma del traidor.

Dada la estructura presidencialista del sistema político americano la dialéctica de mayor proyección acontece dentro de la alta administración. En efecto, hay dos líneas diferenciadas: la primera es una alianza militar-diplomática encabezada por Powell; la segunda es la alianza buro-empresarial focalizada por Cheney. Ambas están en pugna buscando moderar o extremar dicha doctrina. La primera línea está formada por el cuerpo diplomático y los altos militares del Pentágono, muy próximos a su colega Powell, que mantienen una estrategia más dirigida por la prudencia y la negociación multilateral. La segunda es extremadamente pro-israelí y aplica una estrategia de extremar las situaciones hasta justificar la imposición absoluta.

En parte es lo que hacen en Irak, buscar todas las razones posibles para crear un diagnóstico tan catastrófico que justifique todo tipo de

medidas. Lo mismo se aplica a la invasión israelí. Ya habíamos supuesto que el efecto martirial del 11-S permitiría un capital de justificaciones para la víctima, que sería aprovechado por los bloques más autoritarios para aprobar medidas o ejecutar operaciones que resultarían escandalosas en situaciones normales. Se ha aprovechado el estado de excepción mundial para arbitrar un giro autoritario difícilmente aceptable desde un juicio demócrata liberal. Pero dicho capital martirial ha sido velozmente quemado precisamente por la voracidad de dicho bloque. La línea prudencial capta la descapitalización de la legitimación 11-S que había acumulado EEUU en función de su papel de víctima mártir. El abucheamiento a Powell en la Cumbre de Johannesburgo ha sido un inusitado gesto más que significativo. Esta es una de las razones que maneja la línea Powell para recomendar una estrategia más prudente y multilateral: la estrategia imperial puede crear una bolsa de resentimiento que multiplique los problemas y enemigos a EEUU.

Ciertamente desde Europa y Japón se entiende que ningún gobierno va a sacrificar sus bienes financieros y políticos por llevar la contra a EEUU. En el caso de España, es clave el respaldo americano a la lucha antiterrorista, sin duda el primer problema de este país. Difícilmente cualquier gobierno va a arriesgar al menos que haga un giro geoestratégico de mayor envergadura que le permita ganar otras posiciones desde las que negociar con EEUU como es el caso de una nueva posición de fuerza en Latinoamérica, en la Europa eslava, en China o en el Mediterráneo islámico. Pero la preocupación a medio plazo no es un hipotético antiamericanismo o estado de sospecha frente a EEUU por parte de los gobiernos ni de los grandes capitales, sino la recreación del humus antiamericano de los años sesenta del que puedan surgir a largo plazo nuevos riesgos a EEUU y cuya profundidad no puede ser calculada del todo. Es un terreno del que la Administración Clinton quiso huir con un abrumador esfuerzo diplomático en Latinoamérica y África y que parece haber sido echado por la borda y atado con una piedra por la Administración Bush.

**Otra clave** que maneja el ala prudencial de la Administración Bush es la dificultad de los atajos. Los técnicos militares ven impracticable una solución a corto plazo a una situación que ha sido larvada durante

décadas gracias, en gran parte, a la participación estadounidense. Es necesario un esquema de intervención que garantice zonas de seguridad como es el caso del soporte pakistani y la oposición en el conflicto afgano.

## **Aplicación a Irak**

En ese cuadro hay que insertar el caso iraquí y los diferentes focos que la Administración Bush quiera ir abriendo. Quedó claro en las declaraciones que siguieron al 11-S que la respuesta americana no es un ataque puntual sino una cadena de intervenciones contra todos los eslabones del «eje del mal». En estos momentos Irak no es más que un lugar blando sobre el que demostrar al mundo la nueva doctrina del buen imperio.

Ciertamente hay que partir de una situación objetiva: el régimen de Hussein es un problema para el mundo y para los iraquíes. Un problema en el que hay responsables actuales y responsabilidades a cargo de las potencias occidentales que apoyaron a Hussein. El peligro actual que ofrece Irak es real porque es activable en cualquier momento. El mantenimiento de la oposición antiamericana es importante para el sostenimiento del régimen de Hussein, necesitado de un fuerte enemigo externo que justifique tanta dictadura. Sería deseable una democracia en Irak pero es algo que requiere unas transiciones estructurales que la sostengan (desarrollo, liberalismo, etc.); sin esa infraestructura política podríamos entrar en una dinámica de sucesivas dictaduras que empeoren la situación. Quizás es mejor un enemigo conocido y en parte domado. Hussein no quiere revolucionar el mundo sino que desea coexistir manteniendo su estatus en un mundo que sabe que no puede cambiar. Desde esa doma, caben posiciones de negociación en las que la administración de las reservas petrolíferas juegan un papel crucial. Seguramente la relación con Irak se solucione en el futuro en el juego de accesos y regímenes de uso y propiedad del petróleo del Golfo.

Hay una cuestión de fondo en la que no vamos a entrar ahora pero que ya señalamos hace algunos años en un editorial: el derecho de un

pueblo a innovar el modelo de democracia por vías no liberales siempre que se respeten los Derechos Humanos y el derecho a disponer de fuerzas armadas que permitan tener el poder real de defender la propia posición y no aceptar la hegemonía americana. Todos estamos de acuerdo en que Hussein no es en absoluto recomendable para ejercer estos derechos, pero estas interpelaciones de fondo deberían tener un papel relevante en la reflexión.

Aunque no parece probado que Irak disponga de medios de destrucción masiva el informe británico publicado en septiembre muestra que existen indicios de armamento biológico y sostiene que se ha instrumentado un sistema de laboratorios móviles que permiten engañar a la inspección internacional. Una conclusión en la que es difícil no estar de acuerdo es en la necesidad de aplicar una metodología más rigurosa y flexible de inspección por parte de la ONU y que la aplicación de esa inspección debe disponer de un eficaz sistema de sanción.

Sin embargo, los planes de cambio a mayor escala como el régimen político o el mismo poder de Hussein están cada vez menos claros como expresa la acerada división en el mismo seno de la Casa Blanca. Los planes de cambio revolucionario en Irak, por los que apuesta la línea belicista-oportunista tienen cada vez menores apoyos. Consistirían en una serie de opciones que van desde el magnicidio cometido por agentes americanos o mercenarios al golpe de estado, pasando por la invasión. La propuesta de la invasión ha sido muy criticada por el alto mando militar por los costes de ejecución, de mantenimiento y por la impredecible situación futura que se abre en un país tan desestructurado.

Hasta Richard Lugar, el líder republicano en las cuestiones que el Senado trata sobre política exterior, ha mostrado públicas reticencias a la estrategia. No obstante, el fin estratégico marcado por el ala belicista no es el bienestar del pueblo sino el control del petróleo, así que la valoración de la estabilidad de la región sólo interviene dependiendo del mapa futuro de propiedad petrolífera. Puede que muchos estén

dispuestos a no permitir una agresión unilateral contra Hussein, tantos como los que quisieran participar en un reparto del capital petrolífero. Los mensajes de la Casa Blanca han ido dirigidos no tanto a la legitimación institucional y jurídica de la agresión sino a esta cuestión del mapa petrolífero del futuro. Ahí posiblemente, donde recordemos está el yacimiento de soluciones, está también la compra de alianzas. Por tanto, los argumentos que subyacen a la penetrante pregunta del Secretario general de la ONU, «¿después del ataque a Irak, qué?», son un factor de riesgo pero no una incertidumbre absoluta porque el fin no es sociopolítica sino comercial.

No obstante, creemos que los temores del ala de Powell están justificados y son subestimados por Bush y su derecha. El escenario de posible guerra civil o de reapertura del enfrentamiento irano-irakí que pudiera abrir una solución revolucionaria contra Hussein podría generar unos riesgos mayores que el actual estado de la cuestión. Aunque Bush asume ciertas pérdidas e inestabilidades a medio plazo que habrá que asumir, parece pensar que vale la pena cegar los ojos y pisar el acelerador confiando en que a largo plazo va a arrojar un saldo positivo. Esta seguridad lleva a predecir a la mayoría de analistas que la intervención se producirá y que simplemente se está aplazando temporalmente en busca de recursos diplomáticos que aumenten los umbrales no tanto de legitimación como de inhibición por parte del resto de países. Pensamos que lamentablemente se sobrevalora la cuestión de la oportunidad creada por el efecto 11-S, la inacción del resto de poderes y la «solución final» aplicada al régimen palestino.

Estimamos urgente frenar este ciclo imperial y comenzar a levantar de nuevo la dignidad y posibilidad de la razón diplomática caracterizada por el multilateralismo, por el desarrollo sostenible y por la resolución pacífica de conflictos. ■